

SEMINARIO

MAYO 2017 / Nº59

CONCILIAR DE MADRID

*“Una tierra
para santificar”*



Editorial

Estamos aquí *para santificar una tierra* concreta, con nuestras vidas, nuestras palabras, nuestros actos... Otros que pasaron por aquí antes que nosotros ya lo hicieron, dejando una huella imperecedera en el tiempo, en muchos lugares de nuestra archidiócesis. Todos ellos llevaron a los demás el mayor de los tesoros que tenían: Cristo. Lo hicieron de muy diferentes formas y sin grandes prodigios, simplemente viviendo lo ordinario como una entrega apasionada.

Esa entrega además contaba con un factor que siempre la hacía nueva: la creatividad. La creatividad de quien vive enamorado y siempre busca sorprender, con gestos sencillos e imperceptibles para aquellos que en ocasiones viven de forma demasiado acelerada. Ser cristiano nunca fue para ellos una palabra más en su biografía de Facebook o algo que careciese de ninguna importancia, era su título más valioso en la tierra. Algunos de ellos lo defendieron con tanto valor que dieron incluso su vida antes que rechazar tal dignidad, constituyendo su muerte una entrega que sigue siendo para nosotros hoy día un verdadero ejemplo de reconciliación.

La última vez que San Juan Pablo II estuvo en España, durante las canonizaciones que tuvieron lugar en la plaza de Colón, nos decía: *"Sois depositarios de una rica herencia espiritual que debe*

ser capaz de dinamizar vuestra vitalidad cristiana, unida al gran amor a la Iglesia y al Sucesor de Pedro".

Con estas palabras en mente te invito a que salgas a pasear por las calles y escuches el eco que aún resuena de san Isidro arando los campos con sus bueyes; de los pasos de santa Soledad Torres Acosta caminando en la noche para ir a cuidar a un enfermo; de las palabras sencillas, pero de gran magnetismo, de una prédica de san José M^a Rubio que ha captado la atención de numerosas personas...

Ahora la pelota está en nuestro tejado, con lo que la pregunta es sencilla: **¿Qué eco estamos dejando nosotros? ¿Qué eco estás dejando TÚ?**



Sumario

2. EDITORIAL

3. LA VOZ DEL RECTOR

El don de la vocación presbiteral

4. CRÓNICA

Peregrinos a Fátima

5. ACTUALIDAD

6. REPORTAJE

No le dejéis abandonado

8. SANTOS DE MADRID

Un santo labrador, patrón de Villa y Corte

10. TESTIMONIO

"Como tu vida, ofrenda es mi vida, Señor"

11. REPORTAJE

Un hecho extraordinario

14. NOVEDADES

15. RESEÑA CULTURAL

16. CONTRAPORTADA

Nuestra Señora de la Peña



El don de la vocación presbiteral

Coincidiendo con la pasada solemnidad de la Inmaculada Concepción, la Congregación para el Clero nos entregó una nueva *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* que llevaba por título: “El don de la vocación presbiteral”. Ya han pasado más de cinco meses de su publicación y me atrevo a señalar algunas impresiones personales sobre su significado para la vida de la Iglesia.

En primer lugar, es importante señalar, como hizo Mons. Stella en una entrevista con ocasión de la publicación, que no es casual que la fecha de publicación sea la solemnidad de la Inmaculada Concepción. La Virgen María, Madre de nuestro Señor, es también Madre de los sacerdotes. Ella acogió con perfecta y sencilla transparencia el don del Verbo Eterno y como ella, los sacerdotes somos llamados para vivir con toda transparencia la presencia sacramental de Cristo en nosotros. Si todos los cristianos estamos llamados a la santidad, no puede ser menor esta llamada en aquellos elegidos para presidir en caridad al Pueblo de Dios. Por lo tanto, la *Ratio* significa una apelación a la santidad sacerdotal, a renovar el don de la vocación presbiteral. No podemos contentarnos con una vida mediocre que oscurezca el misterio que se realiza en nosotros.

Un segundo rasgo es que este documento es publicado por la Congregación para el Clero y se dirige a todos los sacerdotes llamados a “vivir un único camino discipular”. Es un error pensar que sólo el tiempo del seminario es tiempo dedicado a la formación sacerdotal. El seminario es el periodo inicial de preparación, pero todos tenemos la clara experiencia, según pasan los años del sacerdocio, de que no somos hoy los mismos sacerdotes que el día en que nos ordenamos. En estos primeros años de seminario se pone la base para dicha formación. Un fundamento, por otro lado, esencial para que el Espíritu Santo pueda seguir conformándonos cada día con Cristo. Pero la forma en la que hemos vivido el sacerdocio nos ha formado, incluso, más profundamente. Esto nos lleva a una doble conclusión. En primer lugar, que no todo debe aprenderse en el seminario. A veces queremos que los seminaristas salgan como sacerdotes perfectamente formados y esto es imposible. La segunda conclusión es que el objetivo del seminario es confirmar una idoneidad para ser posteriormente configurado. Este proceso empieza realmente con la ordenación sacerdotal. Un factor muy importante para esto es la disposición personal a ser formado. Por eso, según señalaba también el cardenal Stella en la entrevista referida, un elemento central del documento es el discernimiento.

Por último, un tercer rasgo que quiero señalar de la *Ratio* es el valor que da a la vida comunitaria en la formación. No es una dimensión más entre otras, sino que la formación tiene “un carácter eminentemente comunitario desde su mismo origen”. El Señor nos ha introducido en el seno de la comunión trinitaria y, por tanto, sólo en la comunión de personas puede formarse el cristiano y, por tanto, el futuro sacerdote. El sacerdote no es un funcionario altamente preparado, sino hombre llamado a ser imagen del Padre en una comunidad de hermanos. Sólo desde una verdadera experiencia comunitaria podrá ser formado. Y esto, creo, se aplica también a la vida de los sacerdotes. Las distintas formas de vida comunitaria constituyen el camino más lúcido para permanecer en el único camino discipular y formativo del que antes hablábamos.

En definitiva, son muchas las perspectivas que nos abre este documento que recoge todo el magisterio promulgado desde el Concilio Vaticano II, especialmente en la *Pastores Dabo Vobis*. Serán los próximos años los que irán dando la verdadera perspectiva.





Peregrinos a Fátima: “¿Queréis ofreceros también vosotros?”

El seminario acude a Fátima cuando se cumplen 100 años de las apariciones

Entre el 28 de Abril y el 1 de Mayo, la comunidad del seminario en pleno nos pusimos en camino rumbo a Portugal, para encontrarnos con nuestra Madre en Fátima. Donde justo hace 100 años, un 13 de Mayo, Nuestra Señora (bajo la advocación del Rosario) quiso aparecerse y comunicar su mensaje a tres pastorcillos: los hermanos Jacinta y Francisco Marto y Lucía dos Santos.

El sábado pudimos disfrutar de una mañana de retiro espiritual, para el que nuestro formador Fausto Calvo nos ofreció unas pinceladas estupendas como guía al encuentro con Jesucristo a partir de pasajes de la Escritura y reflexiones del Papa Benedicto XVI sobre los Mensajes de la Virgen de Fátima, pudimos meditar tres puntos: la gran esperanza y la promesa que nos hace el Señor a seguirle y anunciarle, la vigilancia interior del corazón, con sencillez y realismo, y la disposición a la entrega con Cristo para *“ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandaros, como acto de reparación por los pecados [...] y como súplica por la conversión de los pecadores”* (Memórias da Irmã Lúcia I, 162). Todo un momento de gracia y poder situarse una vez más en el camino del discipulado *“Haced lo que Él os diga”* (Jn 2,5)



Por la tarde hicimos en Fátima el Via Crucis (conocido como húngaro) por la calzada hasta Valinhos, y que realizamos por comunidades, rememorando la entrega por amor hasta el extremo de Nuestro Señor en el Triduo Pascual y que estamos llamados a imitar. A continuación bajamos a la Capelinha de las Apariciones del Santuario para celebrar la eucaristía con peregrinos de lengua castellana, que presidió el obispo de Orense don José L. Lemos. Allí encontramos a muchos jóvenes, familias y feligreses conocidos de Madrid, con los que pudimos rezar el Santo Rosario junto a peregrinos de todo el mundo, y la posterior procesión de antorchas, en las que como una sola Iglesia llamada a ser luz del mundo veneramos y cantamos suplicado gracia al son unánime del “Ave María”.



El Señor nos regaló para el III Domingo de Pascua un poco de lluvia, con la que comenzó la Eucaristía en la Plaza del Santuario copada de peregrinos armados de paraguas y mucha fe. La presidió el obispo de Santarém (diócesis lusa cercana) que nos animaba a estar con el corazón siempre ardiente y atento a la presencia del Resucitado como los dos de Emaús. Aprovechamos también para confesarnos y rezar según los requisitos para ganar la indulgencia plenaria que se concede a los peregrinos, nos consagrarnos al Inmaculado Corazón de María y rezamos por todos los que lo pidieron y que desde Madrid también nos sostenéis y apoyáis de tantas maneras al seminario.



Admisión a órdenes



Café y compañía con Jesús Posada



Café y compañía con Juan Pablo Colmenarejo



Institución de ministerios de acólito y lector



Comida de sacerdotes tras la Misa Crismal



Ordenaciones sacerdotales



Misa con los neopresbíteros



Vía Crucis de la Luz en las Vistillas



Torneo de fútbol UESD



No le dejéis abandonado

Recordamos la figura de san Manuel González y su relación con el sacerdocio y la eucaristía

Manuel González, también conocido como obispo del sagrario abandonado, nació en Sevilla, fue sacerdote, el obispo de Málaga y de Palencia. Fundador de la Unión Eucarística Reparadora y de la congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret.

Ingresó en el Colegio San Miguel de Sevilla, antes de la edad de los diez años formó parte del grupo de los "seises" de la Catedral de Sevilla, los cuales tienen el privilegio de bailar ante el Santísimo en las solemnidades del Corpus Christi y de la Inmaculada.

Seminarista a los doce años, obtuvo sobresaliente en todos los cursos y asignaturas. Doctorado en Teología y licenciado en Derecho Canónico.

Falleció en el Sanatorio del Rosario en Madrid, fue sepultado en la Catedral de Palencia en la capilla del Santísimo.

El centro de la vida de este recién proclamado santo fue, sin lugar a duda, la eucaristía, de donde sacó fuerzas y ánimo a lo largo de su ministerio, primero presbiteral y luego episcopal. Se deduce así que, para el santo, la vida del sacerdote solo se entiende vista desde una perspectiva eucarística. El sacerdote es el ministro de la eucaristía. Como bien nos decía nuestro cardenal don Carlos *sin eucaristía no hay Iglesia, y para que haya eucaristía es necesario que haya sacerdotes*. Así pues, san Manuel nos recuerda que el sacerdote es por y para la Eucaristía. Toda la vida del presbítero debe estar centrada en este Sacramento. ¡Cristo mismo está ahí delante!

La misión del sacerdote, pues, no es hacer una labor social como si la Iglesia fuera una ONG, sino amar mucho a Jesús en la eucaristía, hacerle presente en medio del mundo y anunciar a todos los hombres que el Amor ha venido a vivir con nosotros. Ya se dijo en un número anterior de la revista que la tarea del párroco es mantener encendida la vela del sagrario. Esto es lo que san Manuel hizo durante toda su vida, e incluso después de muerto: decir a todos los hombres *¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! No le dejéis abandonado*. Esto es, en definitiva, lo que debe hacer el Sacerdote.

"Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo... Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenarlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud... Servirle de pies para llevarlo a donde lo deseen; de manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él; para consolar por Él..."







Un santo labrador, patrón de la Villa y Corte

De humilde campesino a protector de una gran ciudad del siglo XXI



Detalle del capillo de la capa pluvial del terno de la canonización de San Isidro. Museo de la Catedral de la Almudena. S. XVII

En Mantua Carpetana, Corte de los Reyes de España, que se llama vulgarmente Madrid, nacido de humildes, pero píos y católicos padres, floreció Isidro en el siglo duodécimo. Con estas palabras presenta al hijo más universal de la Villa y Corte la Bula de canonización de san Isidro Labrador, cuya redacción tuvo que esperar un siglo por la muerte del papa Gregorio XV, y en la que se resumen su vida, virtudes y milagros.

Nació nuestro santo entre los años 1082-1085, quién sabe si en el mismo día en que el rey castellano-leonés Alfonso VI entraba triunfante en la pequeña villa de Madrid por la puerta situada en la cuesta de la Vega una vez reconquistada la plaza al reino taifa. De familia humilde, posiblemente dedicado a hacer pozos, es conocido por formar parte de los arrendatarios al servicio de Juan (o Iván) de Vargas, uno de los caballeros villanos surgidos del reparto que el monarca hace de las tierras confiscadas a los musulmanes o abandonadas por estos.

Es Madrid en esta época un punto clave desde el punto de vista militar, pues permite dominar las vías que conducen a Toledo, y las comunicaciones con la tierra cristiana hacia la cordillera. Dentro de la accidentada superficie de la pequeña ciudad, destacan la colina del Alcázar, sede de los dominadores, cristianos en época del santo labriego; el cerro de las Vistillas, sede de la

morería, y en medio, una hondonada con un arroyo, llamado de san Pedro, que subsistirá incluso después de la reforma del Alcázar de Carlos I. Dos caminos principales, las hoy calles Mayor y Sacramento, más los caminos que atravesaban las principales puertas de la muralla hacia los centros de mayor poder: Toledo, Segovia y Burgos; y extramuros, algunas casas y huertos junto a los incipientes arrabales de san Martín, del Arenal de San Ginés y de la Santa Cruz. En este escenario viven unos pocos miles de mozárabes, musulmanes, judíos y francos. Y en este escenario y con estos personajes se desarrolla la vida de un hombre que, dedicado al trabajo agrícola ha llegado a ser patrono de la cosmopolita capital del Reino.

De su vida hay incógnitas difíciles de esclarecer. Ya es un dato relevante que haya permanecido la memoria de un agricultor al que sus vecinos veneraron desde su muerte por su vida de trabajo, oración y atención a los más pobres. Para cualquier aproximación a la vida, fama y virtudes de nuestro paisano es necesario acercarse al Códice del diácono Juan Gil de Zamora, quien tras estudiar en Salamanca y París ocupa importantes cargos en la corte de Alfonso X, y es preceptor del futuro Sancho IV, el Bravo. Documento conservado en el Museo de la Catedral de la Almudena, que si bien no es lo que hoy entendemos por una biografía, sí se trata de *la única base esencial para escribir cualquier biografía de san Isidro, por muy superficial o corta que sea*, tal y como manifiestan algunos estudiosos.

La caridad de Isidro fue tan grande para con el prójimo que se privó a sí mismo de lo necesario, para que los pobres y necesitados se aprovecharan de ello. La Bula de canonización insiste en uno de los



rasgos principales del madrileño: la caridad. Isidro se había casado con María Toribia durante su estancia en Torrelaguna, al desplazarse a esta localidad madrileña durante el asedio árabe en 1109 (momento en que las tropas invasoras acampan en lo que hoy conocemos como Campo del Moro, a la espera de poder devolver la villa al islam). Fue conocido el matrimonio por cubrir las distintas necesidades que no faltaban entre sus vecinos. Muchas necesidades eran cubiertas por la Iglesia, no sólo a nivel institucional, sino también a través de la acción de laicos que entregaban alimentos y ropa a quienes vivían junto a las puertas de las iglesias y a la salida de la ciudad.

No conocemos la fecha ni la causa del fallecimiento de Isidro. Fue enterrado en el cementerio de la parroquia de San Andrés, sin caja, en contacto directo con la tierra, de donde fue exhumado en perfecto estado de conservación tal y como recoge el notario-arcediano de Madrid D. Martín Domínguez. Desde ese momento, el cuerpo es venerado en el Arca de Alfonso VIII (hoy en la girola de la Catedral) hasta su traslado al arca de plata donada por la cofradía de San Eloy en el S. XVII. Con la expulsión de los jesuitas por Carlos III, la Compañía de Jesús abandona el Colegio Imperial, fundado por la Emperatriz María de Austria, hija de Carlos V, cuya iglesia es segregada y embellecida por Ventura Rodríguez. En su retablo se colocan los arcones con los restos de San Isidro y Santa María de la Cabeza, su esposa. Durante el periodo de saqueos a iglesias y templos cristianos ocurridos en Madrid en los años previos a la Guerra Civil, el Patriarca Eijo y Garay ordena la ocultación de los restos del santo matrimonio. La Colegiata es incendiada y contra toda esperanza de volver a hallar sus cuerpos, el mismo prelado inicia su búsqueda, que culmina el 13 de mayo de 1939. Junto a las reliquias aparece una joya de la pintura: *Las lágrimas de san Pedro*, de Luis de Morales (El Divino Morales), ubicado hoy en la antesacristía de la Catedral.



Códice de Juan el diácono.
Museo de la Catedral de la
Almudena. Siglo XIII

Aunque Isidro es canonizado al estilo medieval: por aclamación popular, pues se le tiene por santo desde su fallecimiento, en el s.XVI surgen problemas al respecto de su veneración. Se inician los trámites oportunos por el Arzobispo de Toledo, cardenal Quiroga, impulsado por los reyes. La muerte de Felipe II hace que sea el clero de Madrid el que tome las riendas del impulso del proceso, que ve la luz con la beatificación del santo agricultor en 1619, y que culmina con su canonización en 1622 por el papa Gregorio XV. Juan XXIII instituyó el patronazgo de san Isidro sobre los labradores españoles en 1960.

El santo Patrono de Madrid nos recuerda, en palabras de nuestro arzobispo, el cardenal Osoro, *la necesidad de dar testimonio de Cristo a través de una experiencia personal y profunda de Él, junto a una amistad íntima con Él, en cuyo nombre la Iglesia nos envía*. Que Isidro sea para todos nosotros, que nos formamos para el ministerio sacerdotal, ejemplo de amor a la Virgen y de vida entregada al servicio de los más desfavorecidos.



Imagen de san Isidro que se venera en la Colegiata procesionando en la Plaza Mayor. Madrid



“Como tu vida, ofrenda es mi vida, Señor”

Se abre en Madrid la causa de canonización de 56 mártires

El día 18 de marzo del presente año se abrió la causa de canonización de 56 mártires del siglo XX en Madrid. Es la primera de sacerdotes seculares en Madrid, junto a algunos laicos familiares suyos. Todos ellos dieron su vida como testigos de la fe en el periodo de tiempo que discurre de julio a diciembre de 1936.

Al final del segundo milenio la Iglesia ha vuelto a ser de nuevo Iglesia de mártires. Y es que aunque la palabra martirio pueda parecer de tiempos pretéritos, asociada comúnmente a escenas de circo del Imperio Romano, lo cierto es que la Iglesia de Cristo nunca ha dejado de padecer el martirio, es más, sigue sufriendo su azote en muchos lugares del orbe: “La Iglesia siempre ha encontrado en sus mártires una semilla de vida –decía San Juan Pablo II. La realidad nos muestra que nuestro tiempo es muy rico en testigos que han sabido vivir el Evangelio en situaciones de persecución”.

En 1936, cuando más recia fue la persecución, en Madrid fueron martirizados 379 sacerdotes seculares, aproximadamente un tercio del clero secular madrileño. La muerte martirial para ellos

no se produjo de forma sorpresiva, estas sentidas palabras de uno de los 56 mártires lo refleja: “Como tu vida, ofrenda es mi vida, Señor; pan y vino en mis manos consagrados con gesto de oblación que ya se acerca sobre mi altar en flor y hay ansias en mi pecho de ser Hostia de Dios”. Y aún así, corrieron en la carrera que les tocó, sin resistirse, fijos los ojos en el que inició y completó su Fe: JESÚS.

Otro dato que llama poderosamente la atención: que estando muchos de ellos en plenitud de vida y de sendero cuando fueron llamados al martirio, treinta y uno no superaban los cuarenta años de edad, se mantuvieron firmes en la fidelidad a Cristo, conscientes de que Su presencia les ayudaría a soportar la prueba del martirio.

Por estas demostraciones de amor y porque seguramente todos tendrían en los labios o en sus corazones las palabras que el Señor pronunció en la Cruz: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”, pidamos su pronta glorificación ante la Iglesia y que intercedan para que los sacerdotes tengan la alegría de vivir unidos a Tu oblación.





Un hecho extraordinario

Recordamos la figura de García Morente en el 80º aniversario de su conversión

La desmemoria seguramente sea una de las más graves dolencias de las que nos vemos aquejados los hombres de nuestro tiempo. Ya sea por pereza, por ingenuidad o por adanismo nos resulta muy penosa la tarea de echar la vista atrás en busca de acontecimientos y personajes en los que poder hallar la luz necesaria para recorrer felizmente el camino de nuestra vida y para hacerlo a la altura de nuestro tiempo. Hay personas —y hechos— cuyo conocimiento nos transforma y nos mejora. Manuel García Morente es, sin duda, uno de esos esplendidos faros que pueden iluminar nuestra existencia. Por ello, merece la pena recordarlo cuando se cumplen ochenta años de su conversión y de esa bellísima experiencia de Dios que él mismo llamó el «Hecho extraordinario».

Probablemente no haga falta presentar a Manuel García Morente, pero basten unas leves pinceladas biográficas para aquellos cuyos oídos reciben este nombre con entera novedad. Si bien nació en un pequeño pueblo de Jaén en 1886, su más temprana infancia transcurrió en Granada. Provenía de una familia acomodada, hijo de un médico de ideas liberales. A los ocho años fue enviado a Bayona para cursar sus estudios, de modo que su educación estuvo marcada por la enseñanza laica francesa y por el recio laicismo de la Sorbona, donde realizó la licenciatura en Filosofía. Fue profesor de la Institución Libre de Enseñanza, y el catedrático más joven de España en su momento, en la facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid, de la que llegó a ser célebre decano. La vida pública y política española tuvo asimismo la dicha de contar con su presencia, como miembro del gobierno del general Berenguer o con el denominado «Plan Morente» para las carreras de letras en la universidad madrileña y la idea de la Ciudad Universitaria y su vanguardista Facultad de Filosofía y Letras. Infatigable traductor, brillante escritor y no menos espléndido filósofo, fue capaz de forjar un pensamiento propio, maduro y audaz, fraguado al calor de la estrecha amistad con José Ortega y Gasset y su característico raciovitalismo.



Desde muy joven García Morente se había alejado de la religión. Abrazarse a ella habría sido una suerte de abajamiento para alguien como él, un institucionista criado en el ambiente positivista, sociologista y laicista de la universidad francesa de su época. La religión y, especialmente, la vieja religión cristiana era tenida por pueril, trasnochada y contraria al espíritu científico por parte de la mayoría de los círculos intelectuales de aquella primera mitad del s. XX. Morente participaba incluso de cierta actitud anticlerical, como podemos ver en una carta que Unamuno dirigió a Ortega: «Me han contado de Morente, a quien conocí y traté en Málaga, una cosa que me ha dolido. Dígame [...] que no se enfurezca contra el catolicismo, que el principal enemigo es otro. Que no caiga, por Dios, en el fanatismo ferrerista».

Cumplida ya la cincuentena, su actitud interior, que ya durante los años de la Segunda República había comenzado a cambiar, experimentó una radical sacudida una vez estallada la Guerra Civil, siendo el detonante —como muchas veces ocurre— el dolor, el miedo, la angustia, la desesperación. Concretamente, el asesinato de su muy querido yerno, miembro de la Adoración Nocturna. Pronto tuvo que abandonar España y, separado de su familia, se encontró exiliado en París, en una situación



de máxima indigencia. En esas difíciles condiciones de pobreza y soledad, la idea de la Providencia se fue poco a poco apoderando de él. Pero una y otra vez la rechazaba con «terquedad y soberbia». El aciago curso de su vida le permitió percatarse de que ésta escapaba de sus manos. Él no podía hacer y deshacer en ella a su antojo. La vida se le escurría. Tomaba incluso derroteros ajenos a su voluntad. Algo o alguien parecía disputarle la autoría de su propia existencia. «Arreglaba sin mí todo lo mío» —escribió. Como buen filósofo procuraba con su razón hacerse cargo de lo que estaba aconteciendo en su corazón. Hombre de gran rectitud y equilibrio como era, no podía dejarse llevar por meros pálpitos ni tampoco por fríos razonamientos. Así, finalmente tuvo que sucumbir ante la Providencia que estaba guiando su vida y que con tanta patencia se le manifestaba. El corazón fue el primero en asentir a esa idea con un leve amago. Entonces le siguió la razón que, pegada a la vida, había encontrado enteramente razonable pensar en la Providencia de Dios, pues solo de esta manera pudo hallar una explicación satisfactoria al sentido de la existencia. Pero fue después de escuchar un fragmento de *L'enfance du Christ* de Berlioz cuando pudo poner nombre propio a esa idea. Cuando pudo encontrarse con esa Providencia. Con la Providencia viva ante la cual sí cabía rezar. Ante la cual sí podía arrodillarse en actitud de adoración. Con ese Dios «que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da aliento y les trae la salvación». Y no fue un encuentro cualquiera, sino que pocas horas después de esta conversión al Dios vivo, en la noche del 29 al 30 de abril de 1937, se encontró místicamente con Él. Jesucristo apareció ante Morente en una «percepción sin sensaciones», puramente espiritual, a la que llamó el «Hecho extraordinario». Nombre que recibió a su vez la hermosísima carta —hecha pública y convertida en opúsculo después— dirigida en 1940 al sacerdote José María García Lahiguera, a la sazón director espiritual de nuestro Seminario, donde con gran belleza y circunspección narra aquellos días que dieron un vuelco absoluto a su vida. En ese enjundioso escrito nos da una auténtica lección a los cristianos de hoy —y también a aquellos que nos hemos movido por el mundo de la filosofía. En una época en la que

son muchos los creyentes que piensan que su fe ha de rendir cuentas únicamente ante el corazón, ante los sentimientos y emociones, y que la razón marcha en paralelo a la fe y a la religión, García Morente advirtió que no podemos demediar al hombre en corazón y razón, sino que ambos han de concebirse siempre en íntima unidad y correlación. El corazón que da la espalda a la razón se torna alocado e ideológico, y la razón que reniega del corazón se vuelve insoportablemente gélida.



Nunca fue partidario de un hombre demediado como sí lo somos nosotros en ocasiones, de forma indeliberada, cuando consideramos que la fe y la razón no acaban de avenirse, o incluso que ésta perjudica a aquélla —cosa cuanto menos curiosa en una religión que se atreve a llamar a Dios con el nombre de Lógos. Nuestro querido filósofo bien sabía que «nada aprovecha más a la causa sagrada de la fe que el respeto absoluto a la razón». Al acercarnos a la vida y al pensamiento de Morente podemos ver que la razón fue preparando su corazón para acoger en sí a Cristo. Él mismo declaró que «el estudio filosófico y la afición a meditaciones solitarias» le habían permitido desarrollar «una facultad de autocritica o de autoobservación» que le capacitó para leer lo que Dios estaba entretejiendo en sus entrañas con una clarividencia admirable y un rigor filosófico excelente.

Pero tampoco una vez convertido dejó la razón a un lado, sino que en todo momento se mostró dispuesto a dar razón de su esperanza. Aquel que recientemente se había encontrado con Cristo no desconocía que vivimos instalados en la razón y que por ello es preciso buscar su santidad, puesto que la santidad no puede ser sino de la persona toda. Se trata —como escribía en su *Diario de los ejercicios espirituales*— de «amar, amar, amar a Dios. Con todo amor, con amor intelectual, con amor sensible, con serenidad y con exaltación». Tan embebida estaba su alma en solo amar a Dios que el ilustre catedrático acabó sus días como presbítero en Madrid, después de haber pasado por nuestro Seminario Conciliar —donde, por cierto, hubo de soportar unos fríos espantosos. Sin embargo, siendo sacerdote no abandonó su labor universitaria. Es más, una de sus más hondas preocupaciones y ocupaciones sacerdotales fue siempre la evangelización del mundo de la cultura y la intelectualidad —empresa que la Iglesia de hoy no debe descuidar. Nunca cejó en el empeño de anunciar con seriedad y gozo el amor de Jesucristo a «esos hermanos nuestros tan queridos: los intelectuales». A «esta parte de la humanidad, para quien todavía no hemos descubierto los misioneros apropiados».

Así, el que en su día renegó de la fe y la rechazó como cosa de niños, con el candor de un niño vertió de su pluma estas bellas palabras que tan hondamente resuenan en aquellos que, como él, nos preparamos para el ministerio sacerdotal: «Por lo que a mí respecta, cada día siento más profundo el afán de servir a Dios en el altar, de ayudar a las almas a conocerle y amarle, de procurar la iluminación de los ciegos, de propagar la santísima y tan consoladora verdad de Cristo, de oponer a las teorías de odio y lucha las sentencias nacidas del más puro amor, y a las concepciones de un universo imposible, helado e inhumano, la fe cálida que en todo ve una palpitación de infinito amor y de perfección».

✠
Servus tuus sum ego.
 Ps. CXVIII.
 Manuel García Morente, ordenado presbítero el día 21 de Diciembre de 1940, tiene el honor de participar a Usted, que celebrará su primera misa en la capilla del Colegio de la Asunción - Valarquez, 90 - el día 1 de Enero de 1941, a las nueve de la mañana, estrenando el cáliz que le han ofrecido sus compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras. Le asistirán como padrinos eclesiales el M. Y. Señor don Daniel García Hughes, canónigo de la S. I. Catedral y don José María García de la Higuera, director espiritual del Seminario mayor de Madrid. Predicará don Ramiro López Gallejo, profesor del Seminario mayor de Madrid.
 Laus Deo.

Invitación manuscrita a su primera Misa



ORDENACIONES DIACONALES

El 10 de junio serán ordenados diáconos 15 compañeros nuestros: Gonzalo Arroyo, Francisco Javier Jiménez, Cristian Fleitas, Fernando Bielza, Santiago Tornos, César Quispe, Francisco Javier Peño, Alberto de Mingo, Jesús Sánchez, Francisco Javier Andrés, Gonzalo Barbed, Juan Martínez, Eugenio Pérez, José Manuel Fernández y Rodrigo González.

Pidamos por ellos para que perseveren en su vocación y sean dóciles a lo que les pide el Señor para servir a la Iglesia.



Web del mes

Presencia del Seminario en los medios



www.fatima.pt/es

Nueva web:

www.seminariomadrid.org



Seminario de Madrid

Escríbenos:

rseminariomadrid@gmail.com





por **Juan Franco**

Contraportada por
Eduardo González



Reseña cultural



Cine

DOCE HOMBRES SIN PIEDAD (1957)

Director: Sidney Lumet

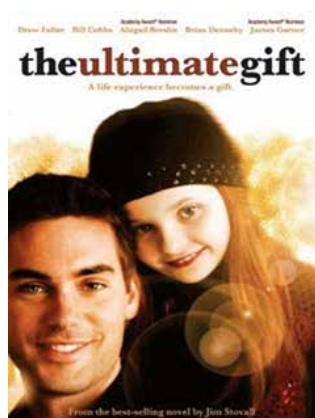


Que no nos engañe el blanco y negro, esta es una verdadera obra de arte del cine. Todos los acontecimientos suceden en una sola habitación. Una sala preparada para que doce hombres adultos, ciudadanos americanos, sin relación entre ellos, formen un jurado justo. Su labor será juzgar a un joven que, presuntamente, aunque, con muchas pruebas, ha asesinado a su padre. Se plantea en esta película un drama moral sobre la capacidad que los hombres tienen de decidir

sobre la vida de otro. Todos creemos que, mientras haya una duda razonable, un jurado no podría condenar a un hombre a la muerte, pero... ¿existe esa duda?

EL ÚLTIMO REGALO (2006)

Director: Michael O. Sajbel



Jason Stevens es un joven rico, solitario e irresponsable que no valora el trabajo ni el significado de ganar honradamente los bienes. A la muerte de su abuelo asiste a la lectura del testamento sin esperar nada por la mala relación que les unía. Sin embargo recibe una caja que contiene doce pruebas que debe superar para heredar una fortuna. Esto le hará ganar el verdadero "regalo" que su abuelo tenía pensado para él.

Libros

ODISEA

Autor: Homero / **Traducción:** Luis Segalá

Editorial: Austral

La Odisea, siempre de la mano de la Ilíada, es uno de los mejores poemas épicos de toda la historia de la literatura. Ambos, compuestos en hexámetros salen de las letras del gran genio de la Antigüedad: Homero. En este poema este autor nos introduce en las aventuras que el héroe Odiseo (Ulises) padeció en el regreso a su patria, Ítaca, al encuentro de su amada y fiel mujer, Penélope, tras haber participado en la conquista de Troya. Es uno de los libros clásicos que más ha influido gracias a sus magistrales recursos literarios de avance y retroceso y a sus floridas digresiones y descripciones de la vida y cultura de la antigua Grecia.

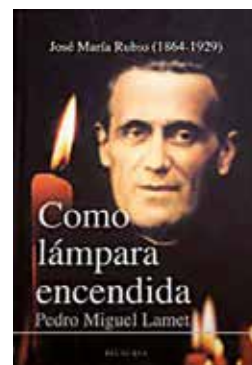


COMO LÁMPARA ENCENDIDA

Autor: Pedro Miguel Lamet

Editorial: Belacqua

Con un estilo elegante, bello y sencillo el padre Lamet nos narra la vida y obras de san José María Rubio. El padre Rubio, natural de Almería, fue sacerdote diocesano de Madrid y, más tarde, ingresó en la Compañía de Jesús. Es uno de los grandes santos de comienzos del siglo XX. Era raro encontrar una persona piadosa en la villa que no se hubiera confesado con este santo que fue, como reza su epitafio "fundador de las Marías de los Sagrarios en Madrid, padre de los pobres, apóstol de Madrid". El autor consigue que acabemos amando a este santo y la vida del santo nos llama a amar más al Señor.



¡ Colabora con el Seminario!

La revista SEMINARIO se publica tres veces al año, coincidiendo con las festividades de la Inmaculada, San José y San Isidro. Si desea colaborar con un donativo puede hacerlo:



SEMINARIO CONCILIAR DE MADRID

c/. San Buenaventura, 9 - 28005 MADRID

COLABORACIÓN ECONÓMICA

• POR TRANSFERENCIA BANCARIA

BANKIA: ES98/2038/1005/12/6000870593

LA CAIXA: ES90/2100/3969/98/0200004966

• POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

1er Apellido
2º Apellido Nombre
Domicilio
Localidad C.P.
N.I.F. Tel.

DATOS BANCARIOS

IBAN	ENTIDAD	SUCURSAL	DC	C.C.C.

IMPORTE €

PERIODO ☐ Año ☐ Trim.
☐ Sem. ☐ Mes

* El donativo es deducible en los términos previstos por la Ley.



Nuestra Señora de la Peña

Parroquia de Nuestra Señora de la Peña y San Felipe Neri

En el barrio madrileño de Vallecas se encuentra la Parroquia de Nuestra Señora de la Peña y San Felipe Neri. A la entrada de la capilla del Santísimo encontramos a la madre de Nuestro Señor, la Santísima Virgen en su advocación de Nuestra Señora de la Peña. Esta talla que data de los años 60 está hecha a imagen de la que se encuentra actualmente en la sierra de Francia (Salamanca). Allí recibe el gran amor de los fieles de la parroquia, todas sus oraciones y les sostiene como Madre que es.

La talla original de estilo románico primitivo descansa en el santuario dominico sito en lo alto de la Peña de Francia. La imagen que se encuentra en el santuario contiene en su interior los restos de la original, encontrada el 14 de mayo de 1434 bajo tierra por un peregrino francés. La imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia, que es una virgen negra, fue coronada canónicamente el 4 de junio de 1952 en la Plaza Mayor de Salamanca. A ella se le atribuyen numerosos hechos milagrosos.

Tras la peregrinación del Seminario a Fátima, renovemos todos juntos nuestra consagración al Inmaculado Corazón de María. En este mes de mayo, mes mariano por excelencia, encomendémonos a ella, la Madre que nunca nos abandona, que nos sostiene y es el mejor camino para llegar a su Hijo: a Jesús por María.